
Cueva

Pincelada de meditación

Julián Peragón



Cueva

Cuando el mundo nos empuja y antes de levantarnos nos golpea, cuando apenas recuperamos el equilibrio la tormenta nos arrastra y cuando nuestra buena intención se malinterpreta o se manipula se entiende que queramos refugiarnos en una cueva, desolados, desilusionados o heridos.

Vamos a la cueva que puede ser nuestro apartamento o nuestro terruño para lamer las heridas, para dar tiempo a que cicatricen pero, sobre todo, para reflexionar acerca de las consecuencias de nuestros actos.

El mundo no es ni un paraíso ni un infierno. Puede ser un desierto o un maremágnum, un hastío o un alboroto y depende de cómo lo afrontemos. Si conocemos el fuego seremos prudentes con él, si sabemos de la labilidad humana tendremos tino, si conocemos la historia veremos como todo cambia.

Conocer la realidad es lo que antecede a cualquier a una actitud sabia, ponderada para estar a la distancia justa, en la palabra adecuada, en el gesto preciso. Cogemos el paraguas cuando se avecina la tormenta y nos retiramos cuando necesitamos hacer un duelo, nos colocamos a tiro cuando queremos una relación y marcamos un límite cuando no estamos seguros de sostenerla.

La cueva no debería ser un refugio permanente, apenas un retiro para ganar seguridad, para recolocar nuestras fuerzas, para aclarar nuestra mirada. Luego bajamos al valle y bailamos en la plaza del pueblo porque el mundo lo llevamos dentro, aunque nos pese y también nos ilusione.

Om shanti. Julián Peragón